

MERIDIANO CULTURAL

Olivos de Eternidad

VICENTE GERBASI vive en Jerusalem. Allí ha ido desde hace algún tiempo como jefe de la misión diplomática venezolana. Actúa además el poeta en esas tierras eternas, tan cargadas de historia, como poeta. Y en esa actitud de cantor se nos presenta en "Olivos de Eternidad", el nuevo libro que ha publicado en la ciudad sagrada y que coloca frente al recuerdo de Claudio Debussy, a cuya memoria dedica sus poemas.

Pocas tierras más propicias para levantar la devoción de un poeta que las de Israel. En ellas, la historia parece prolongarse a lo largo de los siglos y perderse en los días de los cuales ya no se tiene memoria. Y son precisamente los olivos, símbolos del árbol secular por excelencia. Sobre muchos olivos, los milenios han hecho discurrir sus pasos; los troncos se retuercen bajo la intemperie y los hechos han transcurrido siglos tras siglos, pero los árboles inmovibles. Y bajo su advocación, coloca Vicente Gerbasi sus poemas para cantar las glorias bíblicas, para cantar los tiempos que están casi más allá de la historia, para elevar su palabra sobre esos panoramas a veces de desolación, a veces de misterio, donde el hombre multiplica su ingenio para que el pueblo errante construya su morada sedentaria y acudan allí los seres castigados, diseminados por el mundo, tantas veces víctimas de la injusticia simbolizada en la crueldad.

El alma sensible del poeta tenía necesariamente que conmovirse a la vista de los viejos senderos seguidos por los profetas, de los muros a cuya sombra se acogieron los apóstoles, de las aguas milagrosas que supieron de la presencia del Mesías. Los nombres desfilan por las estrofas de Vicente Gerbasi con una amorosa unión del artista que siente la presencia lejana e inmediata a la vez de tantos seres invisibles. Con qué fruición se deleita el poeta con "un racimo de uvas de Jericó".

*"Donde hubo una vez una huerta
y un sepulcro,
hay ahora un templo.
Y ahí el Sepulcro."*

Nos dice el poeta con su palabra hecha estrofa. Y por aquí, inicia el camino para evocar la pasión, para penetrar hasta el justo sitio donde el Sepulcro recuerda todo un drama que hoy llena el mundo. Pasea la mirada sobre el desierto del Neguev, o en la alta noche, sigue los rumbos de las calles desiertas de la ciudad sagrada, donde todo una multitud de bíblicas figuras parece como si salieran fugazmente de las sombras. Canta el poeta a la

*"...ciudad del cántico del alba,
amurallado ámbito de la paz,
tumba de David."*

Y así, Vicente Gerbasi rinde en este libro el mejor homenaje a la ciudad que es símbolo en la historia, que es meta de religiones.